03



...

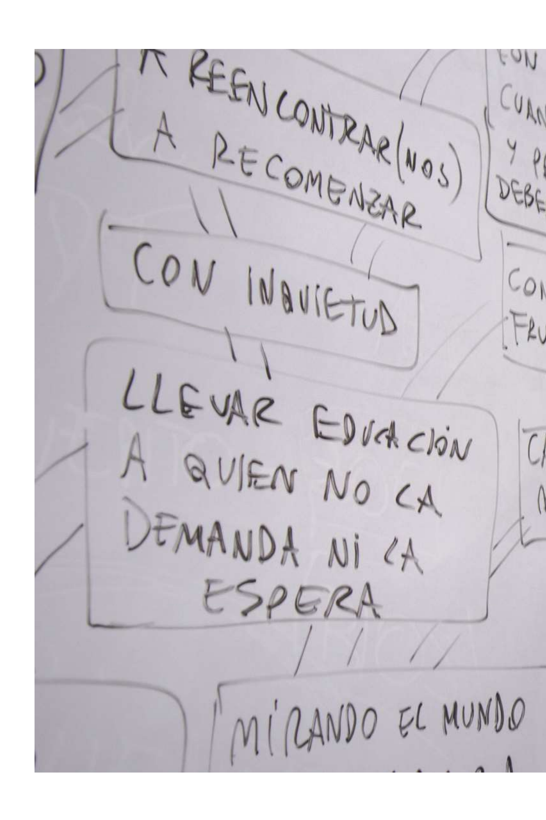
¿Por qué la Pedagogía?

Daniel Brailovsky
@danibrai

I Quien elige convertirse en docente, lo hace por variadas razones. Las escucho cada vez que les pregunto, al comienzo de cada año, en los cursos introductorios. Hay dos de esas razones que son, tal vez, las más frecuentes entre ingresantes al profesorado.

La primera, que tienen ganas, muchas ganas, emocionantes ganas, de ocupar ese hermoso lugar que han visto tantas veces desde la posición de estudiantes. Quieren dar ese salto. Quieren ser maestra o maestro, profesora o profesor, llevar un delantal, y vestirse también con esas maneras de mirar, de hablar, de pensar, de infundir cierto respeto y portar un prestigio social que (aunque muchos creen devaluado o perdido) sigue dándole sentido a la vida cotidiana de tantísimas niñas y niños que van a la escuela, y sigue suscitando sentimientos de gratitud en tantísimas familias. En fin, hay algo muy físico y muy vincular en las ganas de ser docente, y creo que esa es la primera de las razones por las que alguien querría convertirse en uno.

La segunda de esas razones principales es más de orden político, y se expresa en la frase: "quiero convertirme en docente para cambiar el mundo". Aunque sea un poquito, sí, porque una gotita de té ya es té, y un pequeño aporte al cambio cultural que la sociedad necesita para ser más justa y más igualitaria, es parte de esa pequeña revolución que tiene lugar en cada vínculo y en cada conversación.

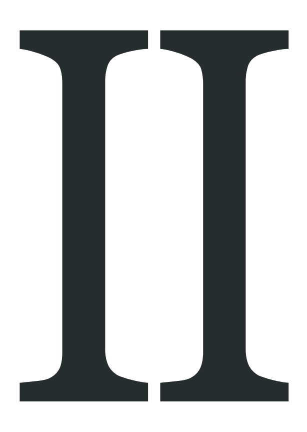


Estas dos razones suelen encabezar las motivaciones de los futuros docentes. Y está muy bien, me encantan ambas. Tienen que ver con un cambio personal (llegar a ser maestra) y con un cambio social (hacer del mundo un lugar mejor). Luego, una vez que están allí, cursando materias y realizando prácticas les agarra también una especie de apetito metodológico que se traduce en una urgencia por entender cómo se enseña esto, se planifica aquello, se organiza lo de más allá, se prepara tal material, se construye tal informe, se usa tal documento curricular. Esa urgencia metodológica que les acomete durante su formación en el profesorado, en el futuro será tal vez reemplazada (o complementada) por un rechazo a las "recetas", pero ese apetito de cosa práctica, cualquiera sea el modo en que se lo llame, será una constante a lo largo de su experiencia como educadores. Y es que, más allá de toda consideración trascendental, el lunes a la mañana habrá un grupo numeroso de alumnos y alumnas exigiendo, esperando, deseando una propuesta interesante y bien concreta. Y digamos que esa realidad irrefutable abre el apetito práctico de cualquiera.

Frente a estas motivaciones, las materias de la formación que más y mejor parecen dar respuestas son los talleres de práctica (donde se ponen en el delantal y transitan ese vertiginoso y apasionante ejercicio del rol) y las didácticas (donde aprenden a mover las tuercas del oficio). ¿Y la pedagogía? ¿Qué tiene para aportar?

¿Por qué la pedagogía?

Para tratar de responder a esa pregunta, procuraré desplegar una serie de preguntas y reflexiones, simplemente porque compartirlas es mi modo de transparentar los motivos profundos por los cuales creo que vale la pena estudiar pedagogía. Me interesa dirigirme especialmente a las y los estudiantes de Pedagogía de la formación docente, para ver si de esa dulce obligación (porque la materia forma parte, mientras a ningún funcionario se le ocurra retirarla, de la grilla curricular de la carrera) puede extraerse al menos una cuota de deseo, y si se le puede poner sentido a la inclusión de esta asignatura en este plan de estudios.



Me gustaría comenzar diciendo que la reflexión pedagógica se hace siempre a orillas de una biblioteca, lo que ya dice algo acerca de su valor. Y sólo con eso, ya tenemos casi una definición: la Pedagogía es pensar lo educativo con algunos libros en la mano. Para avanzar en ese sentido, permítanme leerles un fragmento de un texto de Estanislao Antelo, titulado "Notas sobre la (incalculable) experiencia de educar", en el que se dedica a enumerar una serie de obviedades no tan obvias respecto del hecho educativo. Allí, este pedagogo rosarino dice que

para que haya una educación tiene que haber una especie de voluntad de influenciar, provocar, impactar al otro. Una intencionalidad. Claro que, para dirigirse al otro en esos términos, uno debe suponer que el otro es un animal medianamente influenciable. De allí se desprende una polémica siempre actual sobre las dosis, los modos o modalidades de esa influencia. Uno puede aspirar a domesticarlo, amansarlo, inhibirlo, refrenarlo, liberarlo, matarlo, transformarlo en un sujeto crítico y comprometido con la realidad social, etc.



La enumeración de los efectos de la educación que aparecen en esta cita (la marqué en negrita) es tal vez un poco absurda a primera vista. Pero precisamente por esa mezcla caprichosa de efectos incongruentes que aparecen allí (y que recuerdan un poco a esa famosa clasificación de animales que hace Borges en El idioma analítico de John Wilkins) se revela a través de la ironía cierto cansancio respecto de tantas cosas que ya han sido dichas y que, de tanto ser dichas, han perdido un poco el sentido. Por ejemplo: la domesticación, el amansamiento y la inhibición forman parte del discurso crítico hacia ciertas formas tradicionales de entender la enseñanza, asociadas a una función más punitiva de la escuela, aquella escuela bajalínea, moralizante, en cuya demonización (y por qué no, a veces en su caricaturización) se apoyan buena parte de los enfoques autoproclamados críticos. Enseguida dice entonces, continuando con la enumeración, que la educación también busca liberar a los alumnos: esa enumeración, claramente, está contando una historia de ideas que se suplantan y se disputan el poder.

Finalmente, remata con dos términos aparentemente contradictorios: al alumno se puede querer matarlo o transformarlo en un sujeto crítico y comprometido con la realidad social. Y es que la figura del asesinato ha formado parte siempre de las lecturas del acto educativo, en el sentido de que educar a un niño es de alguna manera convertirlo en otra cosa, y eso puede caber en la metáfora de matar (al que es ahora) para dar lugar a un nacimiento (del que será después). Está también la famosa figura del parricidio roussoniano, aquella necesidad de matar simbólicamente al padre para legar la autoridad al maestro. Y del pensamiento crítico, bueno, qué decir... Conociendo el filo de la pluma del autor (he compartido innúmeras conversaciones, viajes y lecturas con Estanislao) no me cabe duda de que se trata de una ironía destinada a poner de manifiesto su enorme cansancio respecto de una fórmula que ha quedado vaciada de sentido tras su sobreutilización en discursos impostadamente progresistas.

La enumeración no termina allí: queda el etcétera. Ese etcétera que suena a cachetada, como para dejar todavía más claro el carácter cínico de la enumeración. Como sabemos, el etcétera se emplea para reunir en una sola palabra todo lo demás, lo que no hace falta mencionar porque va en la misma dirección que lo que vino antes. Se presupone entonces que el conjunto que se amplía con el etcétera es totalmente homogéneo. Lo que este etcétera quiere decir, por lo tanto, es que, aunque parezcan muy diferentes entre sí, todas esas palabras de la enumeración pertenecen en realidad al mismo conjunto de términos gastados que cada vez significan menos.

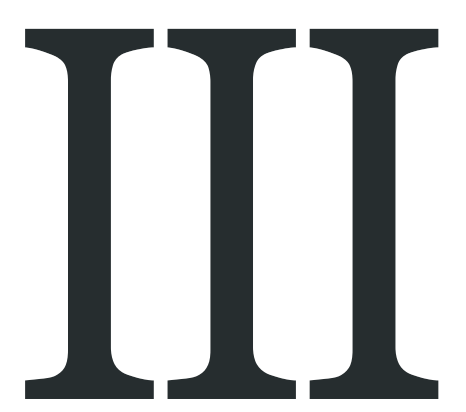
Ahora bien, compartida esta frase y hecho un breve análisis de cómo se la podría leer, estoy en condiciones de comenzar a responder la pregunta que titula este texto: ¿Por qué la pedagogía?

Antelo, E. (2005). Notas sobre la (incalculable) experiencia de educar, en Frigerio, G., & Diker, G. (Eds.). Educar: ese acto político. Buenos Aires: del Estante.- https://ia801602.us.archive.org/16/items/antelo-incalculable-exp-de-educar/Antelo_IncalculableExpDeEducar.pdf

Antelo, ob.cit., p. 173-174

Borges se imagina una enciclopedia china en la que los animales se clasifican de la siguiente manera: (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas. Hasta aquí la cita. Fíjense que cualquiera se rompería la cabeza buscándole lógica a este reparto. Y es que, a lo que apunta el juego, es a mostrar que cualquier clasificación es, en un punto, arbitraria.





Creo que estudiar pedagogía ayuda a comprender profundamente la ironía de Antelo en esa frase. Se me ocurre que antes de estudiar pedagogía, para muchas estudiantes la frase puede parecer incongruente, rebuscada y carente de sentido. Y en cambio, luego de haber experimentado el tránsito por algunas definiciones, contradefiniciones, argumentos y debates en torno al hecho educativo, la frase puede desplegar su brillantez en todo su esplendor. Antes de estudiar pedagogía y después de estudiar pedagogía, entonces, hay una diferencia interesante que nos permite leer y entender mejor. No solo una frase de un texto de Antelo, sino la educación en sus sentidos más profundos y sutiles. En este punto, si el riesgo de no estudiar didáctica sería no disponer de las herramientas prácticas para llevar a cabo la enseñanza; y si el riesgo de no estudiar acerca del desarrollo y el aprendizaje infantil sería dar por hechos los clichés y estereotipos sociales que existen alrededor de esos procesos; de un modo análogo, el riesgo de no estudiar pedagogía sería no detenerse en preguntas importantes sobre el sentido. Es decir que estudiar pedagogía no es una urgencia proveniente de la utilidad práctica de sus saberes, sino algo que se emprende para encontrarle sentido a lo que hacemos.

Siguiendo esta pista quisiera traer una segunda cita del texto de Antelo que ayuda a mostrar el carácter bellamente inútil de estudiar pedagogía, y que sintoniza con el carácter perfectamente inútil de estudiar cualquier cosa en la escuela. Esta idea de una "inutilidad bella", aunque va a contramano del utilitarismo propio de nuestra sociedad actual, tiene que ver con pensar al estudio como un acto de afecto hacia el mundo, como algo que nos convierte en personas que miran más lejos, piensan más alto y sienten más fuerte el mundo en el que viven. Lo contrario de eso, es decir, lo contrario de estudiar, no es divertirse ni disfrutar el tiempo de ocio: lo contrario de estudiar es el coaching, el esfuerzo puesto en prepararse específicamente para realizar una tarea útil y lucrativa,



cosa que tampoco está mal, pero que no es para lo que más sirve la escuela, ni el estudio.
Otro pedagogo genial, Jorge Larrosa, lo dice con enorme contundencia: a la escuela no se va para aprender, se va para estudiar. Y podemos agregar: y para jugar, para conversar, para practicar. Las cosas más importantes de la vida no se aprenden en la escuela (incluso las cosas más útiles para trabajar y ganar dinero no se aprenden en la escuela), pero en la escuela aprendemos a mirar el mundo a través de los lentes del estudio, es decir, de la curiosidad, del interés y del afecto. La cita de Antelo que venía prometiendo es medio larga, sabrán disculpar, y es la siguiente:

(...) tengo que ir y enseñar, por ejemplo, los Aztecas o aquello que, en un ciclo de tiempo dado, los hombres decidan repartir del saber pacientemente acumulado. Es decir, me voy a meter con el otro. Y el otro podrá decir: «¿Qué quiere la de Historia conmigo?». Dirá: «¿Qué es lo que quiere de mí?». Entonces, se le replicará: «Mire. Los Aztecas. Escuche, vea, lea, piense, escriba, estudie». Es que quien decide dejarse tomar por la experiencia de educar pasa rápidamente a formar parte de la familia de los metidos. Un educador es, por definición, un metido, un entrometido, un heterometido. Ahora, este meterse consiste en ofertar más allá de la demanda, porque ¿qué bípedo implume necesita, en sentido estricto, para habitar este mundo, unos aztecas? Nadie. Los Aztecas no están adheridos a ninguna capacidad ni forman parte de ningún interés predeterminado. No aguardan expectantes en el interior de algún espíritu deseoso de apropiárselos. Y en tanto nadie necesita unos aztecas es que hay que enseñarlos. Todo el discurso de las necesidades especiales a ser tenidas en cuenta y satisfechas omite el libertinaje de la oferta educativa. La manera más directa de entender esta desproporción, inadecuación de la oferta y de la intervención, es el amor.



Supongo que estudiar pedagogía debe servir para que párrafos tan bien escritos y tan sutiles como éste, generen en quienes los lean la sonrisa que a mí me generan. Me permito señalar un par de observaciones sobre esta cita. Pasen, por favor, al siguiente cuarto de este texto.



Arranco por los Aztecas. Me parece que los Aztecas cumplen una función primordial, porque al igual que las mitocondrias, los anticiclones, los quelonios y los verbonúcleos, se trata de cosas que la escuela enseña simplemente porque se las considera buenos ejemplos en los que apoyarse para mostrar algo de lo inesperado, de lo no evidente, de lo bellamente extraño y exótico, de lo anterior a nosotros... que tiene el mundo. Cuando Antelo pone en la voz del alumno la pregunta «¿Qué quiere la de Historia conmigo?», podría haber puesto también la usual pregunta de algunos estudiantes en la escuela secundaria: «¿Y esto para qué me sirve?». A los docentes no nos gusta que nos hagan esa pregunta. Preferiríamos otras, como «¿Y por qué ya no cultivamos la tierra con los métodos de los aztecas, si eran tan eficaces y respetuosos del ambiente?», o también: «¿Cómo saben los anticiclones que el aire es más pesado, si no se lo puede poner en una balanza?». Esas son las preguntas que hacen felices a la de Historia y a la de Geografía. Y eso se debe a que presentan el mundo bajo la forma de ventanas, ejemplos no del todo caprichosos, pero también cambiantes, que permiten balbucear las distintas lenguas del mundo, para que nadie las sienta del todo ajenas, para que todas las vidas puedan aspirar a ensancharse, para que cada uno y cada una pueda verse a sí mismo en distintos lugares y posiciones. Por ejemplo, como docentes, ahí en el frente del aula, con el delantal puesto, ahí en la ronda de intercambio al inicio de la jornada.
La otra observación que quiero hacer respecto de esta cita es el uso de la palabra libertinaje. Es una palabra que todos conocemos por la famosa frase de las maestras de antes cuando retaban severamente a los alumnos que se habían mandado alguna macana. ¡Ustedes confunden libertad con libertinaje!, decían. El libertinaje es, según la perspectiva de la maestra retona, una libertad más allá de todo límite y regulación, un abuso de libertad, una libertad que se sale del carril y de la parcela que se le ha asignado, una libertad irreverente, una libertad insurgente, una libertad excesiva y subversiva.
Y el empleo que Estanislao hace de esa palabra aquí, nos invita a pensar al acto de enseñar como un acto de liberación, en ese preciso sentido, sin límites ni justificaciones racionales. ¿Los aztecas no sirven para nada? ¿No ganaremos dinero con los aztecas? Qué me importa. Te enseño los aztecas igual. Porque es una bella ventana al mundo que te hará libre. Simplemente porque sos humano y merecés a los Aztecas. Porque sos un bípedo implume (ahí Antelo cita sin citar una anécdota filosófica entre Platón y Diógenes) y estudiar a los Aztecas te pondrá en el mejor de los lugares: el de la conversación.
La Pedagogía, entonces, nos da (en lo que a pensar la educación y la escuela respecta) la oportunidad de ver más de lo que parece y de captar los distintos sentidos de las discusiones educativas que se plasman, por ejemplo, en un texto. Se parece un poco a la capacidad de mirar el estilo y el simbolismo de una obra de arte, de captar los guiños y las alegorías de la literatura, o hacerse el oído para apreciar las armonías de una obra musical.
A ese nosequé que nos hace más chispeantes, algunos lo llaman creatividad. Otros lo definen curricularmente, y elaboran listas de

competencias, capacidades o habilidades que deberían poder enseñarse, no tanto para que nadie se prive de tenerlas, sino porque el mundo del trabajo, al parecer, hoy por hoy no demanda ser obediente y puntual, sino creativo, innovador, emprendedor y usuario del pensamiento lateral. Pero la pretensión de generar metódicamente ciertos estados de lucidez es excesiva, se topa con aquello que hay de incalculable en lo educativo. Y con respecto a eso, Antelo dice:

(...) que la educación sea incalculable no quiere decir que uno no calcule. Porque algunos hacen una especie de elogio pseudoanárquico de lo incalculable y de lo imprevisible, y eso es absolutamente falso, porque uno va queriendo calcular. Más o menos, uno puede atacar con un PowerPoint, una lámina, un curso de motivación y todas esas cosas que nos hacen hacer para capturar lo invariablemente incapturable que hay en los otros, y no estoy diciendo que haya que abandonar todas esas cosas, estoy planteando otro tipo de problema.

Y ese otro tipo de problema, creo, consiste en darse cuenta de que no habrá creatividad ni crítica, ni reflexión sin un mundo que se ponga en medio. Paradójicamente, no enseñamos los Aztecas para ser aztecólogos, ni la baguala para ser folcloristas, sino para ser más atentos y lúcidos, para ensanchar el mundo. Pero no podríamos prescindir de ellos, porque a ese otro lugar no se llega en vuelo directo, ese lugar está hecho de efectos secundarios (deseables) del trabajo estudioso, lúdico, práctico, conversacional, sobre las cosas del mundo.

La Pedagogía, entonces, existe para que exista una mirada profunda y lúcida que interroga acerca de los sentidos e implicancias del hecho/acto/proyecto educativo. Pero eso no es todo: también funciona como una especie de espejo de la vida escolar. Cuando se inventan nuevos métodos (neurocientíficos, heterogéneos, emocionales, montessorianos o lo que sea), o cuando se reparten recursos salvadores (libros, computadoras, reglas de cálculo o lo que sea), o cuando se legisla con sabiduría (desde las grandes leyes hasta los reglamentos más locales), cuando todo esto sucede, la Pedagogía es el espacio de pensamiento que mira con ojos filosóficos, históricos, políticos, anti coyunturales y en resistencia a la compulsión de la opinión rápida. Llamamos Pedagogía a ese espacio simbólico, exento de apuros prácticos y dogmatismos, desde el que lo educativo es pensable y re-pensable.

Doctor en Educación, Licenciado en Educación Inicial, Maestro de Nivel Inicial, Profesor de Educación Musical, Magíster en Educación con orientación en Gestión Educativa.
Es profesor universitario en diversas instituciones, investigador, formador y capacitador de docentes, coordina los proyectos web www.nopuedonegarlemivoz.com.ar y www.pedagogiaentreparentesis.com.ar. También es profesor y coordinador en el ISPEI Sara Eccleston.
Participó en numerosos encuentros y congresos, y escribió artículos sobre temas de Nivel Inicial, Pedagogía y Didáctica, que fueron publicados en revistas de educación, y en libros, de los que participó como autor, coautor o compilador: La didáctica en crisis (Noveduc, 2001), Dolor de Escuela (Prometeo, 2006), Interés, motivación, deseo. La pedagogía que mira al alumno (Noveduc, 2007), Sentidos perdidos de la experiencia escolar (Noveduc, 2008), El juego y la clase: Ensayos críticos sobre la enseñanza post-tradicional (Noveduc, 2011), La escuela y las cosas. La experiencia escolar a través de los objetos (Homo Sapiens, 2012), Didáctica del nivel inicial en clave pedagógica (Noveduc, 2016) y Pedagogía (entre paréntesis) (Noveduc, 2019).
Es profesor tutor del diploma superior en Pedagogías de las diferencias de la FLACSO Argentina e investigador del equipo.

Un fragmento del capítulo 2 del libro VI de Laercio dice así: "Habiendo Platón definido al hombre, Animal de dos pies sin plumas, y agradadose de esta definición, tomó Diógenes un gallo, quitóle las plumas, y lo echó en la Escuela de Platón, diciendo Este es el hombre de Platón. Y así, se añadió a la definición, con uñas anchas" (puede ampliarse en: https://www.filosofia.org/ave/002/b055.htm). Antelo, ob.cit., p. 179.